

Lezama Lima: la inmensidad de los espacios*

Cerrado el último oleaje
donde ya no se puede penetrar
y su constante envío de sorpresas
provocan un oscuro dominio impenetrable.
(Queda de ceniza, III, p. 43)**

El enigmático libro *Enemigo rumor* nos revela aquí uno de sus misterios, presente en muchos de los poemas que lo componen.

Similitud extrema con el tono de «Una oscura pradera me convida» se advierte en estos versos. Es el asombro ante el cosmos, expresable como deslumbramiento, temor, arrobamiento, que se halla en Pascal, otro gran agustiniano, tan ajeno a la construcción de sistemas filosóficos como Lezama; amado por Lezama, tan poeta-filósofo el uno como el otro. Pascal nos regala una clave:

Cuando considero la pequeña duración de mi vida, absorbida en la eternidad precedente y siguiente, el pequeño espacio que yo lleno, y aún que yo veo, abismado en la infinita inmensidad de los espacios que yo ignoro y que me ignoran, me espanto y me asombro de verme aquí más bien que allí, porque no hay razón alguna, porqué aquí más bien que allí, porqué ahora mejor que entonces. ¿Quién me ha puesto allí?¹

Mónada autoconsciente, punto vivo, inmortal y transmutable, el hombre es también gota en el océano del ser, además de existencia (lo cual implica, para Lezama, también microcosmos). Pero la identificación con el ser no es sólo difícil, sino dolorosa y hasta desgarradora. Se trata de renunciar a la suficiencia del yo, de romper unos límites imposibles de romper. En *Muerte de Narciso*, se caracterizó el triste destino de quien no logra rebasar la introspección para acceder al ser². En *Enemigo rumor*, se intenta tender «un puente, un gran puente» hacia el ser. Pero, ¿no existe ya ese puente, en la misma jerarquía universal? Hemos visto en las líneas anteriores que es la premisa: pero no basta. El «puente» debe asumirse, reconocerse, conscientemente, lo cual equivale a construirlo para sí. El puente universal, metafísico, es.

* El presente ensayo es un capítulo del libro inédito escrito en colaboración con Ivette Fuentes: *Lezama Lima: una fiesta innombrable, segunda parte del mencionado en la cita n.º 2.*

**Todas las citas de versos de José Lezama Lima corresponden al libro *Enemigo rumor*, y han sido extraídas de su *Poesía Completa*. Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1985. Junto al título de cada poema, se indica la página.

¹ B. Pascal. *Pensamientos sobre la religión y otros asuntos*. M. Aguilar editor. Madrid, s/f (editado por J. Chevalier), pág. 65.

² Véase L. Rensoli e I. Fuentes: *Lezama Lima: una cosmología poética*. Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1990, págs. 32-44.

El puente personal *existe* si el sujeto está dispuesto a construirlo. Pero, ¿qué es el ser? ¿Es Dios el ser para Lezama?

Responder a esta pregunta supone recorrer el camino con él. No sabemos qué hay al otro extremo del puente. Es «una oscura pradera». Que esto se relacione con la muerte no agota su significación, sino que constituye un importante indicio. La muerte es la liberación de la existencia, sin que desaparezca la individualidad esencial que constituye la persona. Es un viaje, según se planeó en otras páginas³. Y la guía, en este viaje, sería la memoria.

La muerte permite no sólo escapar a los límites de la existencia, sino, con esto, penetrar en lo trascendente como una parte ya y no como sujeto coincidente con el objeto no más que en una dimensión. También la muerte es forma del conocimiento para Lezama. Aunque la reminiscencia puede ejercitarse en vida, en la muerte es el puente por antonomasia:

Es el secreto poner dos dedos en la bola de cristal (...)
 Cuando vendan peces las doncellas
 se llegarán a oprimir en las puertas
 si han abandonado la idea de saber la hora por las arenas, por encogimientos
 de los pasos que formarán el sentido
 de creer que la unidad mojada en vino sanguinoso
 surgía de Nemósine, dulce y exacta (...)
 El trampolín es eficaz y puede ser vistoso.

(*Fiesta callada I*, p. 64-66).

En efecto, la unidad encarnada, gracias a la cual puede mojarse «en vino sanguinoso», no surge ni puede surgir de Nemósine. Nemósine nos aproxima a ella. Pero ella, según se observó, rebasa toda medida, se resiste a toda definición:

Después del cordero sin preguntas,
 recién nacido en amansada planta,
 los reinos del carbón, los vaporosos
 paraísos sin proporción y sin justicia.

(*Doble desliz sediento*, p. 78).

El empleo de la memoria se produce en forma de sueño o visión onírica, de visión escatológica y de reminiscencia filosófico-poética. Allí se encuentra que

la elegancia,
 gamo nutrido de rocío o pulpa de nueva
 cortesana, es el ser inminente que penetra
 en la nube central, cuerpo de almendra:
 celeste dignidad del fuego en fuga.

(*Ibid.*, p. 78).

Ese «ser inminente», penetra y se fuga. Es pues, en primera instancia, la trascendencia presente en las cosas, pero inaprehensible como trascendencia. Las cosas tienen su ser fuera de sí mismas y a la par en sí mismas, idea propia del platonismo

³ Véase: *Ibid.*, págs. 40-43; 60-72.

crítico, heredada por el neoplatonismo. En el mismo poema se describe con minuciosidad, en el lenguaje oscuro del orfismo, la penetración en el misterio del ser hasta un punto: «Lo que cae, errante hasta su centro». (*Ibid.*, p. 79).

Le es dado, sin embargo, escaparse de la tierra, contemplar el nivel de los «puentes oscuros», aunque también este nivel es ilusorio; rebasa lo inmediato, pero pertenece a lo contingente, como aclaran las ninfas. Se «cree alcanzar» el pez dormido, pero es falso. Es una imagen, es esa «metáfora de lo transitorio» sobre la cual hablaba Goethe:

...No es en mis pasos, es en mi estatua
donde el tiempo me muerde y así en las arenas
que caen de mis manos está el tiempo mejor,
único tiempo creador sin su par y no el costado
sangrando hasta el ocaso, sino la frente:
estatua del ciempiés y un solo centro.

(*Ibid.*, p. 78-79).

Los «pasos» ceden, cambian por su naturaleza de resultado. La estatua, aparente inmutabilidad, es mordida por el tiempo: como el ciempiés, puede dejar miles de huellas diversas. Ninguna conduce al centro, al único centro oculto en el *nous*, en la frente, manifestado en las arenas de la clepsidra cósmica, sin facetas, sin dimensiones, sin doble. No es ya la temporalidad extendida en cada cosa, sino el «gran tiempo», la eternidad de la creación, que sólo comienza a existir con esta última⁴. El tiempo es creador, pero es memoria del pasado o del futuro, pues la reminiscencia permite vislumbrar o conocer el futuro a través del pasado. Hay memoria del sujeto, hay memoria de la especie y hay memoria del cosmos. La primera, conduce a lo largo del «gran tiempo» a cada individuo, en sucesión de vida y muerte que se alternan como en un juego del cual provienen evolución o involución personal. La segunda, constituye la historia de la humanidad, uno de cuyos hitos fue el clasicismo griego; otro, el abierto por la «Deípara», del cual da testimonio «San Juan de Patmos» ganando a Roma. Este, el punto de viraje de la historia donde «la muerte dejará de ser sonido» («Sonetos a la Virgen», IV), difícil porque

Roma no se rinde con facilidad (...)
y el monarca en lugar de ocultar el cuadrante y el zodiaco
y las lámparas fállicas que ha hecho grabar en las paredes altivas
ha empezado a decapitar a los senadores romanos,
que llenos de un robusto clasicismo han acordado que ya hay dioses nuevos.
(*San Juan de Patmos...*, p. 81-83).

El tiempo clásico, constituido por un *agregatum*, que sólo permite el ciclo (cuadrante y zodiaco), se rompe, alcanza un nuevo *status*, un escalón irreversible, como sucede en la concepción agustiniana de la historia. Cristo es ese «único tiempo creador sin su par» que da un orden a la sucesión de hechos del conjunto humano de progreso. En *Enemigo rumor* no encontramos un más vasto desarrollo de esta idea, que en

⁴ *San Agustín: Confesiones. Editorial Iberia, Barcelona, 1964, págs. 319-339.*

Lezama llegará a alcanzar enormes significados y dimensiones, como sus ensayos sobre las «eras imaginarias», entre otros, lo demuestran. Por ahora, sólo es un esbozo. La memoria del cosmos es el despliegue de la creación, su código secreto, ese «tiempo»

que no sabe de muerte
y que vuelve opulento
a un ritmo de hojas
sin cesar encontradas.

(*Figuras del sueño VI*, p. 37).

El *nous*, demiurgo, fuerza eminentemente apolínea, ordena y reordena lo que la negatividad, el germen de la disolución, socava y transforma. Ella es buscada por el sujeto individual; frente a ella trata de fijarse a sí mismo y de vencer el temor frente a la «inmensidad de los espacios». Pero cada victoria del *nous* al encontrar en la memoria su respuesta, es provisional y se resuelve en nueva búsqueda condicionada por la incesante transmutación, por el principio heracliteano:

Ya en tus oídos y en sus golpes duros
golpea de nuevo una larga playa
que va a sus recuerdos y a la feliz
cita de Apolo y la memoria mustia.
Una memoria que enconaba el juego
y respetaba el festón de las hojas al nombrarlas
el discurso del juego acariciado.

(*Son diurnos*, p. 25).

La muerte puede ser real o simbólica. Toda iniciación en lo oculto supone un *descenso ad inferos*, por lo cual supone un «segundo nacimiento», de lo cual no se exceptúa el bautismo⁵. Esa «oscura pradera» lo es sólo para los ojos corporales y requiere un despertar interior.

Sobre las aguas del espejo,
breve la voz en mitad de cien caminos,
mi memoria prepara su sorpresa.

(*Una oscura pradera me convida*, p. 25).

Aquí se retoma un tema presente en «Muerte de Narciso» y varias veces repetido en *Enemigo rumor*; el espejo, línea divisoria donde se refleja o proyecta el ser que muere en apariencia preso en sí mismo, en realidad lanzado hacia el infinito donde, de un modo u otro, se disuelve, recupere o no más tarde sus propios límites. En este caso, actúa en el sujeto la memoria cósmica, que lo impulsa:

Sin sentir que me llaman
penetro en la pradera despacioso,
ufano en nuevo laberinto derretido.
(*Ibid.*, p. 26).

⁵ Véase: Evangelio según San Juan, 3,1-9.

Pero allí se ve, las voces *suenan*. La «muerte mágica» de la pradera abre el sentido interno al abismo del cosmos. ¿Es entonces el cuerpo la cárcel del alma en este caso? Sólo en cierto sentido, pues la sensoriedad es también una vía de acceso a lo trascendente, bien que siempre incompleta, a través de sus vestigios. Como los procesos respiratorios del cosmos según los concebía Anaxímenes, esto es contracción y expansión, el alma entra en este contacto expansivo, la «brevedad del éxtasis» de la cual hablaba Lezama: «A nuestro furor por penetrar la divina esencia, responde el aquietamiento de Cristo, *dentro de mí presente*»⁶ del cual saldrá para continuar la misma vida o iniciar otra. Hay un rumor de lo absoluto a través del prisma cósmico que capta el sujeto en su limitación (y es la causa del deslumbramiento y del temor). Salir de él es un saber superior al obtenido mediante la razón:

Extraña la sorpresa en este cielo,
donde sin querer vuelven pisadas
y suenan las voces en su centro henchido.
(*Ibid.*, p. 26).

Sin embargo:

Rueda el cielo
sobre ese aroma agolpado
en las ventanas
como una oscura potencia
desviada a nuevas tierras.
(*Rueda el cielo*, p. 24).

Lo absoluto ronda por doquier al hombre, lo acecha más bien y la «única cárcel: corona sin ruido» (*Ibid.*, p. 24) es aquella determinación que convierte al hombre en corona o remate del cosmos: su condición de *imagen*, oculta, inaccesible en sí misma si no hubiera revelación, pues los más penetrantes misterios paganos no rebasaron el acceso a fuerzas puramente cósmicas.

El Eros ¿temor o deslumbramiento?

Por lo pronto hay sorpresa y ansiedad. Lezama nunca resulta aplastado por aquellos ni por sentimiento alguno —al menos, por los de raíz metafísica aquí examinados— sino que intenta penetrarlos hasta sus cimientos, en el nivel eidético, aunque sepa que asume una tarea interminable. El punto en el que su «alta fantasía» será impotente, no sólo está sugerido constantemente en todo tema abordado, sino que, movedizo y difícil, no se deja fijar. Si el tomismo «logra» este cometido con su teoría acerca del acto, motor inmóvil, ser absolutamente necesario, grado supremo de perfección y causa primera, el agustinianismo puede descubrir esa inaprehensible presencia, o mejor, sus huellas, en las cosas, gracias a la previa introspección, que la encuentra

⁶ J. Lezama Lima: «Diario...». En: Revista de la Biblioteca Nacional José Martí, mayo-agosto 1988, núm. 2, págs. 101-159.